

più di trentacinque anni, abbandonandoli nel 2009 e riassumendoli poi, ma solo per alcuni mesi, nel 2016, in occasione dell'anniversario della pubblicazione del romanzo. L'accento sul vibrante rapporto tra la vita e l'arte, tra la matrice autobiografica e il suo corrispondente fittizio, che in qualche modo costituisce il cardine del mondo narrativo di Delibes, è riuscito a trovare una sua collocazione anche nell'anima stessa di chi, quel mondo, ha deciso di rappresentarlo sulle scene per così tanto tempo, confondendosi in esso e consacrando quel "poderoso *fil rouge* che unisce" –chiarisce Renata Londero– "Lola a Menchu" (38) e senza il quale, forse, i successi di pubblico avrebbero prodotto risposte meno entusiastiche.

"Una buona traduzione si misura sul palcoscenico", sosteneva Mario Luzi, e di certo lo spettatore italiano –se un giorno avrà la fortuna di potersi confrontare, anche a teatro, con questo splendido capolavoro delibiano– non avrebbe difficoltà nel riconoscere l'eleganza della sua prosa e l'encomiabile esito proposto da Londero. Un'opera mai tradotta nella nostra lingua, come molte altre di Delibes e che, attraverso l'edizione di Marsilio, ora si propone non solo come l'impalcatura compiuta ed efficace per una futura e possibile messa in scena, ma come un testo sapientemente costruito (corredato, in chiusura del volume, da una nutrita e aggiornata bibliografia), e caratterizzato soprattutto da scelte traduttive che non hanno mai sacrificato il peso idiomático e simbolico delle parole di Carmen e del suo creatore. Nonostante lo stesso Delibes

abbia più volte sottolineato la propria insofferenza per il genere teatrale ("[...] me coarta mucho la limitación de tiempo y la limitación de espacio", sosteneva), il vigore drammatico delle sue sperimentazioni non ha tradito le aspettative dei lettori spagnoli, che vi hanno sempre riconosciuto quel "connubio" tra "estetica ed etica" (11), insito in ogni suo messaggio. E la versione, fedele e attenta di Renata Londero, ha tutte le carte in regola per incontrare la medesima approvazione anche nel lettore italiano.

DOI 10.14672/0.2018.1444

Luis Gómez Canseco, *Don Bernardo de Sandoval y Rojas. Dichos, escritos y una vida en verso*, Huelva, Universidad de Huelva, 2017, 600 pp. ISBN 9788417066215.

Héctor Brioso Santos
Universidad de Alcalá de Henares

La joven Biblioteca Biográfica del Renacimiento Español de las Publicaciones de la Universidad de Huelva aspira a presentar las vidas de personajes notables del humanismo que no han recibido hasta ahora la debida atención de los historiadores, al menos a tenor de los títulos proyectados –sobre Nebrija, el Brocense–; o de los ya publicados, acerca de los Godínez y ahora el arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, inquisidor general, miembro del Consejo de Estado de

Felipe III y, cronológicamente, coetáneo de Cervantes o Isabel de Valois.

Las buenas biografías históricas pueden ofrecer varias cosas: una información exhaustiva, una interpretación nueva –más humana, más objetiva, más documentada, más política, más polémica...– o una síntesis de las dos cosas. Felipe II, por ejemplo, ha merecido una batería de vidas sorprendentemente distintas entre sí: la convencional de Fernández Álvarez, la psicológica de R. Altamira, la *burocrática* de García Escudero, la muy acuciosa de Kamen o incluso la empresarial de Parker, sumamente atractiva. Sobre Cervantes y Quevedo tenemos ya algunas de esas biografías “globales” que el ampurdanés Pla asociaba con el mundo anglosajón.

El catedrático de la Universidad de Huelva Luis Gómez Canseco ha escogido sin duda el camino más honesto: ofrecernos una profusa documentación y un afinado e inteligente repaso de esos documentos, que incluyen las obras completas del cardenal. La información es ingente, los comentarios oportunos, los detalles apasionantes. Y aunque podría pensarse que la vida del personaje en cuestión resulta un tanto gris, no lo fueron tanto sus ideas políticas, ni desde luego su parentela –en especial, su sobrino el Duque de Lerma, al que vemos aquí de soslayo desde los capítulos iniciales (46-55)–, ni sus amigos o protegidos, entre ellos fray Luis de León, Lope de Vega, Cervantes, Espinel, Quevedo o Góngora, es decir, los mayores astros literarios de la época.

Pero, insisto, Gómez Canseco opera siempre desde los hechos y los datos:

empieza con una minuciosa cronología del personaje, que desciende a detalles como que el 8 de noviembre de 1605 el Arzobispo palió con su dinero la carestía de pan en Toledo o que el 2 de marzo de 1609 vio unas fiestas de toros con el rey. Ojalá tuviésemos un dietario semejante sobre Cervantes, por ejemplo, aunque el ofrecido por Canavaggio en 1998 o los repertorios de documentos de K. Sliwa se acerquen bastante a esa cronología vital (por supuesto, sin desdeñar las últimas vidas *distintas* –para citar a Trapiello– del escritor manco: Sevilla-Rey, Arrabal, Canavaggio, Fernández Álvarez, Alvar Ezquerria, Lucía Megías, etc.).

Esta nueva biografía no sólo es global, como quería Pla, sino me atrevo a decir que definitiva: tales son el cúmulo de datos, textos y fuentes, la minuciosidad micro-histórica en todos los puntos y la ponderación y delicadeza del biógrafo. Para empezar, el volumen recoge mil pormenores, trae todos los escritos del cardenal, analiza los retratos y hasta rastrea los crecientes signos de vejez del personaje en cada uno de ellos (61), con idea de describir, evocar y objetivar al prelado Sandoval desde todos los ángulos y bajo todas las luces.

Pero el minero de nombres, fechas y cifras no abruma al lector, pues Gómez Canseco ha sabido imprimir cierta agilidad a muchos momentos del estupendo tomazo: si en la página 44 resume la apabullante genealogía cortesana y eclesiástica de Sandoval y Rojas, en la primera frase de esa página acierta a trazar su perfil social en tan solo ocho palabras: “un hijo segundón de una familia

de segundones”. Y poco más abajo cierra el circuito vital del personaje al aclarar que, a la muerte de Felipe II, la sombra del sobrino válido permitirá a Sandoval volver a la Corte y consagrarse como Cardenal de Toledo (46). Durante ese viaje de toda una vida, el lector asiste al espectáculo de la corte filipina, sigue a una familia de ambiciosos y acompaña al cardenal en sus estudios, en su fulgurante carrera, en sus preocupaciones y afanes, en sus relaciones con el poder, en sus escritos y fundaciones, en sus esfuerzos arquitectónicos y patronazgos, junto a su pequeña corte de grandes escritores, en su vejez y en su muerte.

Aunque amena y rica, la vida que aquí se nos ofrece es casi tan sobria como la magra silueta del prelado que nos han transmitido los retratos de época. La mayor licencia novelística que se permite Gómez Canseco está en el arranque del libro, cuando enlaza cinematográficamente la escena del testamento y la muerte del Sandoval en su corte toledana (39) con su alumbramiento, setenta y dos años antes, en 1546 (44). Y el hábil montaje se hilvana, por así decirlo, *de la sepultura a la cuna*, desde la luz de su lápida y lema fúnebre –“videas in lumine lumen”– hasta la de su nacimiento, en un admirable *flashback* cuasi-quevediano.

Sin prejuicios, Gómez Canseco se mueve como pez en el agua entre las dos caras de Sandoval: el clemente, generoso, templado y moral arzobispo y el clérigo ambicioso y maniobrero que medra a la sombra de Lerma y hasta le rinde el homenaje de anteponer desde entonces el apellido del válido al suyo propio (47-48), aunque también le hará críticas duras, en un

curioso contraste (48, 181-82 y 251-58). Y es que el purpurado era a un tiempo nepotista (50-53), prudente y caritativo (54-55) y, en fin, objeto de semblanzas contradictorias ya en su tiempo (55-56). La página 50 despliega cumplidamente la baraja de los Sandoval que ejercían cargos y dignidades en el primer siglo XVII y recuerda cómo el cardenal intrigó para que se concediera a un Lerma ya en desgracia el capelo que le permitiría acogerse a sagrado en 1618. Y a continuación, se relata el conflicto de Sandoval con Roma por su abusiva designación de nuevos cargos (51). En todo esto, la minuciosidad del biógrafo es tal, que parece haber revuelto el Archivo Segreto Vaticano para hallar rastros del contraespionaje español antibritánico y relatar una fallida conjura de los jesuitas y el papado para cortar las relaciones entre Sandoval y el embajador inglés en 1613 –una perla encerrada en la nota 39 de la página 56.

Para formarnos una idea rápida del carácter del Primado, acaso baste con repasar las páginas en las que dispuso que las novicias de un convento por él fundado, las Bernardas de Alcalá de Henares, “entren sin dote y se les dé todo lo necesario. Que no pidan cosa prestada ni traigan música, y la ropa se lave dentro del monasterio” (455), casi recordándonos las precauciones maritales del extremeño celoso Felipo de Carrizales. No menos curiosa es la recomendación de la oración mental en el cenobio (397-99). Pero, más allá de lo pintoresco, esas normas de Sandoval y Rojas permiten resumir en cuatro palabras al poderoso eclesiástico: pragmatismo, caridad, generosidad y una

cierta moralidad un tanto ambivalente (ante los excesos de su pariente Lerma, por ejemplo).

No sólo se nos ofrece ahora una vida nada hagiográfica; estamos también ante un cuadro de época: casi exactamente los años de la vida de Cervantes, puesto que el arzobispo había nacido en 1546 y moriría en 1618. Y podríamos decir –aunque no lo afirme así Canseco– que esta vida ofrece el reverso de la biografía del autor del *Quijote*, con su genealogía grisácea, su matizado oportunismo, sus aspiraciones frustradas, sus oficios sin brillo y su posteridad literaria, es decir, todo lo contrario que Sandoval. Hasta el recorrido pareciera simbólicamente el inverso: de Madrid a Alcalá en el prelado, de Alcalá a Madrid en el novelista. En cualquier caso, el ahora biografiado resume toda una era, con sus corruptelas, sus intrigas nepotistas, su oficio de inquisidor, su coleccionismo artístico y sus simpatías literarias.

La rica trastienda literaria de esta biografía está poblada por la corte libresca del cardenal: nada menos que el primer impresor del *Guzmán de Alfarache* (65), el Quevedo de las *Lágrimas de Jeremías* (67), Baltasar Elisio de Medinilla, Tirso de Molina, Rodrigo Fernández de Ribera, Antonio Hurtado de Mendoza, Cristóbal Suárez de Figueroa y hasta el mismísimo Cervantes. Aunque el dato más sabroso es, al menos para mí, que Espinel hiciera salir a Sandoval en su *Marcos de Obregón*, Cervantes lo sacara en *La gitanilla* y Lope de Vega lo *fichara* en un auto (67-71). Y en esa tupida trama cultural, Canseco, que conoce muy bien el paño, no da puntada

sin hilo: conjetura, por caso que un certamen poético de 1616, al que sólo faltó Lope y por razones misteriosas, debió servir a Góngora, Jáuregui y Torres Rámila, que sí estaban presentes, como “confirmación pública del triunfo gongorino” poético de 1613 (79).

Este lector ha vibrado también con las páginas dedicadas a los memoriales y pragmáticas sobre el *amparo* de los pobres y las brujas, entre Luis Vives, Pedro de Valencia –que sale a escena varias veces– y Cervantes (134-39). Pero aquí la sombra del Cardenal vuelve a ser doble: mitigó la persecución de las hechiceras, pero respaldó la expulsión de los moriscos, a la vez que previno maquiavélicamente que no se les avisara con tiempo del futuro decreto para que no pudieran precaverse contra él (139). De camino, Gómez Canseco ha descubierto incluso un anónimo pseudo-quevediano oculto en la Biblioteca Casanatense (147), seguramente una de tantas imitaciones que algunas veces han pasado por obras auténticas del gran satírico. A cada paso subraya coincidencias reveladoras, como las de Cervantes-Góngora-Cabrera y Córdoba-Pedro de Valencia, entrevistas en la insula de Sancho y en otros lugares (151-52); o el cruce entre *Los cigarrales de Toledo* de Tirso, la tertulia toledana del cardenal y un pasaje del *Viaje del Parnaso* (167-69). Pero, lejos de caer en el fácil *eureka* posmoderno, el biógrafo sopesa siempre cuidadosamente sus hallazgos, como cuando advierte: “Tras toda esta amalgama de textos y opiniones no hay que buscar –claro está– una relación necesariamente unívoca y directa, sino más bien una red de intereses que convergen

en el arzobispo de Toledo en un momento especialmente singular para la política y la literatura españolas” (152); a la vez que niega que todos los citados fuesen escritores comprometidos, y concluye, en unas páginas estupendas, que cierta literatura convirtió la política en materia de ficción con toques de reformismo (152-53), en un sutil y renovado *prodesse et delectare*.

El simple curioso se entretendrá con el escrito de Sandoval pidiendo al privado la separación de hombres y mujeres en misa, con los consejos a un sobrino soldado (259-64) o con las citadas *Constituciones y estatutos* para ordenar la vida de las monjas, todo ello editado competentemente y con numerosas notas. Así, leemos, por ejemplo, en esos estatutos, que las novicias deben vestir “los paños más viles que hubiere en la provincia” y que “no se han de permitir chapines” (407-08), que “no se llamen *don* sino *soror*” (417), pero, sobre todo, “que ninguna persona entre ni esté en el dicho monasterio” (459).

El historiador de la literatura hará bien en leer, además, el apartado sobre el Índice de libros prohibidos de 1612 (153-61) o los sabrosos 178 apotegmas del mitrado, algunos de ellos casi gracianescos: “Miedo a Dios y vergüenza a los hombres”; “Cien placeres se olviden con un pesar”; “No podía un hombre hacer mayor yerro, fuera de condenarse, que casarse mal”; “Que las monjas eran niños grandes”, etc. (271-73), frascillas que componen un breviario de agudos y lógicos consejos, muchos todavía hoy aprovechables. El historiador a secas paladeará el *Papel* al Duque de Lerma, con sus ribetes de arbitrismo y sus prudentes

consejos áulicos, que el ministro desoyó sin pestañear. Sandoval le afeaba su desastroso traslado de la capital a Valladolid: “De la mudanza de la corte se habla tanto que espanta, indigna y escandaliza esta plática” (254); y le echaba en cara sus tejemanejes inmobiliarios, verdadero motivo de la absurda decisión (255). Las críticas del arzobispo son demoledoras: el valido no debía aislar al rey “para que no le trate nadie”, ni poner espías junto a la reina, ni nombrar demasiados cargos (255), ni mostrarse colérico y soberbio ante las advertencias (256), ni “adjudicarse todo” ni escucharse a sí mismo (257). Y le exigía dos mandamientos elocuentísimos: “Miedo a Dios y vergüenza a las gentes” (ibídem). De la filípica no se salvará ni Felipe II, que fue el primero en sobrecargar a sus ministros “de más negocios de los que pueden escuchar y despachar” (254). Entre líneas, el retrato del ministro y las ojeadas a la nefasta institución de la privanza y a los entresijos eclesiásticos de la corte son impagables.

Finalmente, la bibliografía es inmensa (563-600) y hay, además, un nutrido aparato crítico para los muchos escritos del biografiado, dos apéndices —que contienen sus dos vidas aparecidas durante el XVII— y un índice de ilustraciones, que nos reenvía a las 18 que trae la obra. La prosa de Gómez Canseco es limpia, ágil y siempre entretenida, aunque hay algunas erratas, que algunas veces deslucen ligeramente el texto.

En suma, un esfuerzo enorme, un libro muy meritorio y una lectura amena y provechosa para más lectores de los que, en principio, podrían interesarse por el enjuto *Bernardus*

de Sandoval et Rojas, pues también los *guzmanistas*, los cervantistas, los quevedistas o los lopistas, entre otros muchos expertos y no expertos, podrán encontrar en estas páginas un sinfín de datos y sugerencias.

DOI 10.14672/O.2018.1445

**Manuel Martínez Arnaldos,
Carmen María Pujante Segura
(eds.), *La teoría literaria ante la
narrativa actual*, Murcia,
Universidad de Murcia, 2017,
pp. 249
ISBN 9788416551989**

**Assunta Claudia Scotto di Carlo
Università degli Studi di Napoli Federico II**

El volumen *La teoría literaria ante la narrativa real*, del cual son editores el Catedrático Manuel Martínez Arnaldos y la Dra. Carmen María Pujante Segura, profesores de la Universidad de Murcia, ofrece una rica variedad de perspectivas a través de las cuales contemplar el panorama de la literatura contemporánea. La perspectiva cronológica (todas las colaboraciones se centran en obras publicadas entre finales del siglo XX y principios del siglo XXI) hace que esta publicación sea particularmente interesante al reabrir el debate sobre temas centrales de la crítica literaria. Los dieciocho ensayos cortos que conforman la obra, dedicados sobre todo a la escena literaria española, aunque no sólo a ella, cuestionan, desde diferentes criterios teóricos, los principales

géneros y subgéneros narrativos actuales, sin descuidar tampoco la poesía. A pesar del carácter variado de las distintas contribuciones, el volumen presenta una profunda unidad y coherencia, que permite recorrerlo a lo largo de diferentes caminos, siguiendo temas y reflexiones que revierten en el conjunto de la obra enriqueciéndola con imágenes y matices nuevos.

En el primero de los posibles recorridos se encuentra el estudio de Tomás Albaladejo Mayordomo y David Amezcua Gómez quienes dedican su intervención a un cuento de Pereira titulado *El encargo*. Los estudiosos reconstruyen el refinado juego de perspectivas y puntos de vista del texto, para mostrar cómo Pereira no se limita solo a reutilizar una herramienta retórica proporcionada por la tradición, como la *sustentatio*, sino que la transforma y, en cierto sentido, la impulsa creando una *sustentatio en paralelo*, que simultáneamente implica al lector y al protagonista de la historia. El minucioso análisis de los cuentos de Pascual García, realizado por Manuel Martínez Arnaldos, destaca la centralidad del espacio y las relaciones que el hombre establece con el mundo que lo rodea. Algunos espacios, como los domésticos, juegan un papel particularmente importante porque se convierten en una extensión, o a veces en un antagonista, de quien los habita. La centralidad del espacio implica inevitablemente una revisión de la relación con el tiempo que, en la narración, se transforma en una serie de instantes existenciales que proporcionan una rica polifonía a la narración. Además, el espacio, concebido también como una dimensión